

PEDRO CASALS

¿POR QUÉ MATARON A
FELIPE?

SALINAS, LA OTAN, Y EL ATENTADO
QUE CONMOVIÓ AL MUNDO



La novela arranca con un atentado contra Felipe y, al hilo del suspense que agarra al lector desde las primeras páginas, el abogado Salinas busca la identidad del último culpable en una investigación que le hace viajar a los Estados Unidos y, más tarde, a París.

La trama discurre por la tierra de nadie que hay entre los planes oficiales de Defensa, y lo que no es más que puro ánimo de lucro disfrazado de fervor belicista, para llegar hasta un final sorprendente.

«A través de mis novelas de intriga pretendo explicar los mecanismos ocultos que mueven nuestra sociedad», afirma Pedro Casals, que nació en Barcelona en 1944. Ha vivido en Francia y América del Norte y ha acabado afincándose a orillas del Mediterráneo.

Casals es un agudo autor que acostumbra buscar razones de negocio a confrontaciones bélicas y decisiones políticas, preguntándose ante cualquier acontecimiento: «¿Quién sale ganando?».

*Esto no es un libro. Quien lo
toca está tocando a un hombre.*

WALT WHITMAN

Los hechos que se narran
en esta novela son de ficción.

Se estaban consumiendo las últimas horas de campaña, los postreros mítines ardían en las encrucijadas de Barcelona y la gente se había echado a la calle para gozar de aquel anochecer que anticipaba un estío ya cercano. En la Plaza de Catalunya bullía una agitación especial, y sobre el escenario alzado al norte de la explanada, tras un despliegue de artilugios de megafonía, Felipe hablaba con su acento sureño a una muchedumbre que le veía como al hijo, al padre, al amante, y también como la materialización de un deseo alimentado durante años de abstinencia política. «Estoy aquí para apoyar al candidato socialista en las próximas elecciones al *Parlament*».

Los edificios megalíticos, de las sedes bancarias que asfixian la plaza, constituían un lejano graderío donde rebotaban sus palabras dichas en rojo atenuado. «Tenemos que acompañar nuestras ansias de progreso con la realidad de esta coyuntura difícil». Una barrera formada por vallas metálicas amarillas, de las que se usan para llamar la atención ante los socavones, separaba la multitud de las hileras de notables que seguían el discurso en sillas de tijera, mientras viejos militantes controlaban esas localidades de asiento.

La brisa del mediterráneo se colaba por las Ramblas para mezclarse entre el gentío que seguía las evoluciones de la mano de Felipe, con sus dedos índice y pulgar unidos en un círculo que subía y bajaba al ritmo de su hablar. La Policía se había desplegado por las azoteas, y las siluetas de sus hombres salpicaban terrados y fachadas deslucidas.

Diminutas gotitas de sudor perlaban la frente del político que fraseaba con energía y rostro arrebolado. Felipe estaba consiguiendo el clímax, la atmósfera se iba caldeando,

y parecía que el calor apretara a medida que avanzaba el acto. Sus sienes encanecidas contrastaban con la juventud que emanaba de sus palabras, y un rictus de preocupación se abría paso en su rostro al terminar algunas frases que rozaban el ciempiés de la economía.

El abogado Licinio Salinas conducía su cabriolé con la capota bajada, pensando que pronto llegaría a su masía de Peratallada. El estruendo del aire le impedía oír con nitidez la radio, pero de vez en cuando captaba alguna frase del mitin que estaba protagonizando Felipe. Saludó con sonrisa de conejo los buenos deseos del presidente al oírle decir «estamos en el buen camino y luchamos contra el paro», y se concentró en la autopista para evitar ser devorado por alguno de esos conductores obsesionados con amortizar a golpes de velocidad su dinero tirado en aranceles.

Al dejar atrás Girona, Salinas tomó la carretera nacional e insertó una cinta en su aparato de música sustituyendo la voz del político por la de Chico Buarque, «oh qué será, qué será, que anda susurrando en versos y trovas...», y condujo canturreando por los bajines, siguiendo más o menos las letras entre el fluir del aire contra su rostro.

A la altura de La Bisbal se interrumpió la grabación, y el automatismo devolvió la voz de Felipe que seguía al pie del cañón, «no podemos permitimos el lujo de dejar pasar, de nuevo, el tren de las nuevas tecnologías». «Eso, eso», masculló el abogado en una mueca burlona, dejando conectada la radio.

Ya se veía la formidable arquitectura medieval de «El Pedró» de Pals, cuando oyó un estallido en su receptor, y ese estrépito sonó a raro e inquietante, como si se hubiese roto algo que no pudiera ya ser recompuesto.

La explosión, que partió de las entrañas del equipo de megafonía, destrozó el cuerpo de Felipe, matando también a otras tres personas e hiriendo de gravedad a una docena de políticos, en su mayoría altos cargos. La multitud sintió el escalofrío del pánico y reaccionó en forma desigual. Unos corrían aterrados, mientras otros se acercaban para tratar de ayudar, o preguntando qué había pasado y quién había muerto. A los pocos minutos sólo se oía «han matado a Felipe», y esa frase, pronunciada como un kirie, traía mil temores a unas gentes que no aceptaban la desaparición de la imagen que aún tenían caliente.

El ulular de sirenas de ambulancias, el despliegue policial acordonando la Plaza de Catalunya, el «no hay derecho» escupido por el gentío, y el miedo componían una atmósfera de tragedia colectiva cuyo epicentro se hallaba en el mismo escenario del atentado.

Ya cerca del mediodía, Salinas disfrutaba el sábado repantigándose en su sillón de lona, respirando un aroma de eucaliptos y cipreses, tomando el sol de mayo en su pequeño jardín de cactus, yucas y cicas. Un jardín rodeado por el grueso muro de cerramiento de piedra ocre que unía la gran puerta cochera con graneros y casa, como si fuera un zuncho surcado por enredaderas que empezaban a dar flores acampanadas de tonos rosados. Ese espacio exterior era para él otro salón de la masía, con su mesa de mármol y pié de forja, bancos que parecían los de un parque municipal, y tumbonas de lona cruda.

Leía un cuento policial de Jorge Luis Borges, *La muerte y la brújula*, y estaba enfrascado en aquellos hechos de sangre cuando el ronquido de un motor le vino a perturbar. Su masía se alzaba a casi un kilómetro de Peratallada, allí sólo se oía un zumbido mecánico si alguien iba a visitarle. Eso era lo último que deseaba en aquel preciso instante, y por encima de sus gafas de concha miró en dirección al arco de la entrada. Cuando algo le disgustaba se le disparaba el remolino de la coronilla y sus ojos oscuros y escudriñadores adquirirían mayor brillantez. Quizá fuera su mirada burlona lo que mejor le definía como lo que en realidad era: un mediterráneo amante de la vida y que frisaba los cuarenta.

Chirriaron los goznes del portón y apareció la figura delgada de un hombre de mediana estatura y unos cuarenta y cinco años, que vestía traje de alpaca blanca, y camisa de seda azul marino, sin corbata, y avanzaba con andar ligero, como flotando. Sonreían sus labios, con una sonrisa fija, pero su mirada parecía preocupada e inquieta. No era exactamente rubio, pero su pelo castaño claro, la blancura de su

piel y el color azul evanescente de los ojos le aproximaban a la imagen que se tiene de los nórdicos. Anduvo hasta la altura del abogado Salinas y le tendió una mano sensitiva y larga mientras avanzaba su cabeza ósea, y se presentaba.

—Me llamo Ernest Sau, soy ingeniero de caminos, y me trae un asunto muy grave. —El recién llegado se esforzó por dar un aire infatuado a sus palabras.

—¿Muy grave, dice? —repuso Salinas con desgana.

—*Monsieur Bruix* me ha recomendado que hable con usted —dijo el «monsieur» con respeto mientras mostraba una nota manuscrita, a pluma, sobre papel color crema, en el que se le pedía que atendiera al portador de aquellas líneas, sin detallar el nombre de Ernest Sau, ni la fecha. La cuartilla llevaba grabado «Paul Bruix» en relieve sobre su parte superior y terminaba con su firma angulosa y arponada.

—¡Vaya! —exclamó el abogado, poco entusiasmado, sosteniendo el papel a una cierta distancia, como si temiera acercárselo demasiado.

—Usted conoce a *monsieur Bruix*, ¿verdad?

—Sí —exclamó en un siseo.

—Muy bien, voy a explicarle mi problema.

—No. Aquí no ejerzo, lo siento. —Salinas sostenía el libro, manteniéndolo abierto con un dedo por la página que aún no había terminado—. Le daré una tarjeta con el teléfono de mi bufete. Puede llamarme el martes próximo.

—Se trata del atentado que sufrió la semana pasada el presidente del Gobierno. —Sau hablaba ayudándose con las manos, que extendía como si pidiera auxilio—. Me ha interrogado la Policía, y no puedo moverme de España hasta que se aclare el caso.

—Ésa no es mi especialidad. Lo que usted necesita es un buen penalista.

—No. La cosa es más complicada de lo que parece. Soy sospechoso por haberme metido en un conflicto que ha enfrentado violentamente a la «Building International» con

el Gobierno de Madrid. Y, créame, es un problema de multinacionales..., su especialidad. ¿No es así, señor Salinas?

—Si quiere coger el rábano por las hojas... —protestó arrastrando su voz ronca mientras pensaba «a otro perro con ese hueso».

—No, en serio, creo que usted puede ayudarme.

—Sau insistía, y no parecía dispuesto a conformarse.

—¿Cómo podría hacerlo? —Salinas hablaba con la negación impresa en su rostro, moviendo ligeramente la cabeza de derecha a izquierda.

—Demostrando que no he tenido nada que ver con el atentado.

—Eso es muy difícil, a veces mucho más complicado que encontrar un culpable.

Los dos hombres permanecían de pie, en postura embarazosa. El abogado no mostraba el menor interés por Ernest Sau, y ni siquiera le invitó a sentarse. Su inesperado visitante seguía manoteando y argumentando mientras Salinas miraba hacia la puerta cochera y ponía la boca en forma de no. Se veían muy distintos uno al lado de otro. La piel cetrina y cabeza ovalada del abogado contrastaban con la escasa pigmentación y el cráneo cuadrado de Sau, y la complexión ligera de Salinas parecía incluso robusta a su lado.

—Lo que está diciendo me suena como absurdo..., incoherente. —El abogado le hacía pagar su irrupción intempestiva con la agresión verbal.

—Todavía no le he contado nada.

—Pues no sé, usted mismo —masculló esbozando una sonrisa sardónica.

—¿Cómo voy a darle datos... si no quiere aceptar mi caso? —se quejó Sau, mientras acentuaba su voz metálica.

—Tiene razón —repuso Salinas, apartando con las manos algún objeto imaginario.

—Sólo puedo decirle, de entrada, que detrás del atentado de Felipe hay una trama que podría desembocar en la

tercera gran guerra —silabeó con un rictus trágico que le hizo hablar manteniendo la cara acartonada, como asustado por la urdimbre que anunciaba y no explicaba.

—¿Quiere decir la tercera guerra mundial? —El abogado puso expresión escéptica—. No creo en esa posibilidad. Ya no puede hacerse, es demasiado peligrosa para todo el mundo.

—Ésa es su opinión, la opinión de un letrado que sabe mucho de negocios internacionales, pero muy poco de defensa.

—Y usted..., ¿qué sabe? La «Building International» sueña a obras civiles, ¿no?

—Mire, Salinas. Si acepta, conseguirá un par de cosas: en primer lugar, enterarse de cómo se mueve de verdad el planeta Tierra. —Sau hablaba contando con los dedos—. Y también podría cobrar la mayor minuta de su vida.

El abogado se apoyó en el muro, y cruzó brazos y piernas al mismo tiempo. Luego inquirió:

—¿Cuánto?

—Un millón de francos franceses. Doscientos mil como anticipo y el resto al final. Usted correrá con sus gastos.

—¿De qué oscuros intereses voy a enterarme? ¿Qué tiene que ver una constructora con asuntos de Defensa? —Ahora era Salinas quien permanecía inmóvil. Sólo se agitaba su pelo oscuro y lacio alborotado por el *garbí*.

—Todavía no ha aceptado.

—Deme una pista. —El abogado se sentó en su sillón de lona, y puso los pies descalzos en el borde de un banco.

—Una de las especialidades de la «Building» consiste en instalar refugios antiatómicos.

—¿Era eso lo que estaba negociando con el Gobierno de Madrid?

—Sí.

—Y usted..., ¿qué pito toca?

—Soy el responsable de las actividades de mi compañía en España. —Tras un silencio, continuó—: Ser hijo de padre

español y madre inglesa me ha facilitado las cosas. —Y añadió—: La «Building» es una sociedad británica.

Salinas permaneció en silencio, hundió las manos en los bolsillos de sus shorts caqui como buscando algo, y por fin bisbiseó.

—Normalmente cobro la mitad por anticipado.

—Sí, pero normalmente no le pagan estas cantidades.

—¿Y usted qué sabe? —El abogado le miró con cara de póquer, esperando ver el efecto de su farol mientras extraía del bolsillo de su camisa blanca de hilo una cajita de cerillas de cera con que encender el cigarro *cortado* que sostenía entre dientes.

—Doscientos cincuenta —ofreció Sau entornando los ojos, y tajando el aire con sus manos en gesto lento y subacuático, que quería hacer hincapié en aquella cantidad inmovible.

—De acuerdo —susurró Salinas, tras prender su puro, acopando una mano para proteger la llamita del viento, y exhalar una bocanada de humo—. Ahora necesito saber todos los detalles, pero antes... Dígame, ¿por qué quiere pagarme en francos franceses, precisamente?

—Porque mi sede está en París, y acostumbro a manejar esa moneda. —Y en un farfalleo casi inaudible añadió—: Pagarle en divisa francesa sólo me cuesta poner una firma al pie de un talón. Hagamos las cosas fáciles, ¿no le parece?

—¿Por qué tiene su despacho en París?

—Porque soy miembro del comité de dirección para nuestras operaciones en Europa Continental... Además, me ocupo personalmente de los intereses de la «Building» en España. —Sau se sentó y extendió el cheque del anticipo apoyado en el mármol de la mesa, firmando con nombre y apellido en caligrafía clara de rasgos finos y estilizados—. Se lo he hecho nominal y barrado —añadió quedamente al entregárselo.

Salinas observó el cheque con morosidad, de arriba abajo, como si hubiese mucho que leer o dudara de su autenticidad. Luego lo introdujo, doblado en dos, en el bolsillo derecho de su calzón corto.

—Le escucho —dijo el abogado, retrepándose y entrecerrando los párpados.

—Y bien. Trataré de ordenar los hechos. —Ernest Sau echó el cuerpo hacia delante acodándose sobre la mesa, y estudió la cara de Salinas—. La «Building» ha desarrollado sistemas de refugios antiatómicos pensando en instalarlos bajo los cascos de las aglomeraciones metropolitanas. Nuestra idea se basa en construir auténticas urbes bajo tierra para alojar masas de población durante períodos prolongados si ocurriera la fatalidad —bajó la voz al pronunciar «fatalidad»— de una agresión nuclear. Para resistir física y psíquicamente ese largo encierro, proponemos dotaciones de servicios que hagan olvidar, dentro de lo posible, el estar enterrado en vida. —Y prosiguió, en son monocorde y petulante—: Comprenderá que estamos hablando de importantes inversiones, comparables a lo que representaron las líneas ferroviarias en el siglo pasado.

Calló por unos instantes para comprobar el efecto de sus palabras en Salinas, aunque no pudo apreciar gran cosa. El abogado sólo se movía para jugar con el tronco piramidal de su cigarro o para disfrutar alguna fumada.

—Hemos negociado duramente con las autoridades españolas a fin de desarrollar nuestros proyectos en la península.

—¿Quién ha negociado por ustedes?

—Principalmente yo mismo.

—¿Alguien más?

—Técnicos de nuestros departamentos. —Puso sus ojos en blanco, como tratando de recordar—. Para presentar aspectos concretos venían desde París expertos de cada especialidad: resistencia de materiales, servicios sanitarios, urbanismo...

—¿Con qué autoridades han negociado?

—Con las del Ministerio de Equipamiento, principalmente. Aunque me consta que La Moncloa seguía el asunto al detalle. Estuvimos tan cerca de firmar... —exclamó para sí mismo en tono quejumbroso—. España está situada en una zona neurálgica para el equilibrio de fuerzas entre bloques, hay que prever una hipotética agresión con armamento atómico. —Y se alargó, como salmodiando—. Con las bases americanas ya tienen suficientes motivos para sufrir de insomnio. Ser la zapatilla de la OTAN aún les dará más razones.

—No hace falta que me venda su género. No se lo voy a comprar —repuso Salinas con una mueca astuta, manteniendo las cejas quebradas en ángulo.

—Sólo trato de meterle dentro de mis zapatos y de mi problema —dijo «mi problema» señalándose con los índices de ambas manos—. Pero volvamos a las negociaciones con los políticos. Empezamos trabajando con los de Equipamiento. Les llevamos a las Islas Británicas para mostrarles prototipos terminados. Llegamos a instalarlos, alojados bajo tierra, durante quince días para demostrarles nuestro planteamiento. Luego, la cosa se hizo más compleja... Otros Ministerios quisieron opinar: que si Ordenación del Territorio, que si Estrategia... Y para postre Finanzas. —Sau interrumpió sus explicaciones mirándose las manos.

—¿Y qué ocurrió? —inquirió Salinas, interesado.

—Parecían ya convencidos, pero surgió un requerimiento del Ministerio de Estrategia para que el plan fuera desarrollado por una compañía española en la que debíamos limitar la participación de la «Building» al cincuenta por ciento.

—¿Y...?

—Terminamos por aceptar, a condición de que todos los proyectos fuesen concebidos por nuestra sociedad francesa de ingeniería, y que técnicos de la «Building» asumieran la dirección de la empresa española. Ya parecía bende-

cido todo, cuando se descolgó Finanzas con dos nuevas limitaciones: un equipo de control de gestión del Ministerio debería fiscalizar las operaciones mercantiles, y además... la presidencia del Consejo de Administración tendría que recaer en un ciudadano español, nombrado también por ellos. —Ernest Sau trató de peinarse con los dedos, pero el viento volvió a alborotarle el cabello—. Tuve que vender la idea en París, luego en la sede central británica, y por fin, tras muchos viajes y un montón de reuniones, tirando y aflojando, llegamos al principio de acuerdo.

—¿Firmaron algún protocolo o documento de intención?

—No. La cosa quedó pendiente del último trámite: La Moncloa. —Sau tenía el vicio de imponerle su silencio cada vez que decía algo que juzgaba digno de sorprender, pero Salinas se esforzaba en no darle la satisfacción de mover en su rostro ni un solo músculo de más.

»¿Sabe qué ocurrió?

—Si no me lo dice...

—La Moncloa rechazó el plan..., y todavía no sé por qué. —Giró un poco la cabeza para recibir el viento en plena cara, y prosiguió—: Luego recorrí todos los Ministerios implicados. Debo reconocer que en algunos despachos dije cosas algo subidas de tono, que para algún mojigato pudieron sonar como amenazas veladas, pero de ahí a considerarme sospechoso del atentado contra Felipe... va un abismo.

—¿Cuándo le dieron el no?

—La semana anterior al atentado.

—Ya es casualidad..., o mala pata.

—Otra cosa: la Policía va tras mis pasos... Me vigila.

—¿Cómo lo sabe?

—Me advirtieron al terminar el interrogatorio, supongo que para disuadirme de cruzar la frontera de extranjís.

—¿Les ha visto detrás de usted?